

16-A | General | Editorial



Transiciones

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA*

Crisis y ruptura,
¿derrota segura?

Según los clásicos de la teoría política, el mejor sistema de partidos políticos es el de pluralismo limitado, es decir, aquel donde coexisten tres o cuatro partidos fuertes y cohesionados, y en el que cualquiera pueda triunfar en una elección. En México tenemos efectivamente un sistema donde coexisten tres grandes partidos políticos nacionales y una serie de organizaciones con menor membresía.

Sin embargo, constantemente uno de ellos se ve amenazado por la inestabilidad, la atomización y la baja institucionalidad. Una crisis de gran envergadura se cierne sobre el Partido de la Revolución Democrática. Surgido en 1989 producto de la fusión de varias organizaciones, señaladamente la Corriente Democrática escindida del PRI, pretendía constituirse en la alternativa de izquierda para luchar por el poder. El objetivo era superar la división estructural que ha caracterizado históricamente a la izquierda mexicana.

Después de estar a un paso del triunfo en las elecciones presidenciales de 2006, cuando su candidato, Andrés Manuel López Obrador, obtuvo más de 15 millones de votos; el PRD ha entrado a una espiral de enfrentamientos grupales, "tribus" los llaman, cuyo origen fue una desaseada elección mediante la cual Jesús Ortega, líder del grupo conocido como "Los Chuchos", se hizo del poder, amparado por una resolución del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación. La errática política chuchista, en la cual lo más cuestionado ha sido su obsesión por aliarse con el PAN en elecciones locales, está a punto de quebrar la estructura partidista.

La causa inmediata ha sido la elección del Estado de México que tendrá lugar el 3 de julio próximo. La negativa a la alianza con el PAN por parte de AMLO, su solicitud de licencia ante lo que considera una maniobra de Ortega y su gente, la ambigüedad en las posiciones de Alejandro Encinas y Marcelo Ebrard, todo ello se conjuga para el resquebrajamiento visible del PRD.

En las últimas semanas los nubarrones oscurecieron aún más al pálido sol azteca. Andrés Manuel López Obrador, al ver que la posición pro alianza con el PAN seguía firme al interior de la cúpula partidista, decidió cerrarles el paso y solicitó una licencia hasta que hubiera concluido la elección del Estado de México. La reacción de Jesús Ortega y su grupo no se dejó esperar. "No existe la figura de licencia en los estatutos del Partido" respondió el Chucho Mayor. Con lo cual el mensaje para AMLO era claro: O desiste de la solicitud o lo echan.

La paradoja del naufragio perredista es que AMLO requiere al PRD y éste difícilmente podría aspirar a ganar la Presidencia de la República sin el apoyo de la fuerza lopezobradorista. Andrés Manuel requiere la estructura y los recursos económicos del partido del sol azteca para poder llegar a Los Pinos. Para el PRD, la salida del tabasqueño equivale a una división que ningún liderazgo podría suplir. Además, el PAN ha reiterado que le interesa la alianza con los chuchos en las elecciones locales, no en la disputa presidencial. Mientras la crisis se agudizaba, apareció Cuauhtémoc Cárdenas para echarle más leña al fuego: "Para solucionar el desbarajuste se requiere darle la dirección nacional del Partido a Andrés Manuel". Jesús Ortega aprovechó el remedo de ironía de Cárdenas para golpear al tabasqueño y acusarlo de dictador. Me parece que Cuauhtémoc Cárdenas lejos de ayudar a solucionar la crisis envió un mensaje peligroso: "López Obrador es responsable de la división, que entonces limpie el cochinerito y yo puedo ser el candidato por cuarta vez", como Luiz Inácio Lula da Silva, por cierto.

Hoy como casi siempre, la izquierda se ha dividido. El camino parece pavimentado para el retorno del PRI a la Presidencia de la República de la mano de Enrique Peña Nieto, salvo que alguna mujer, panista, logre dar la sorpresa.

*El autor es investigador del Colegio de la Frontera Norte (Colef).